



Fundamentos de Programación

Reporte de la practica 1 de laboratorio

Clave 1122

Semestre 2026-1

Grupo 23

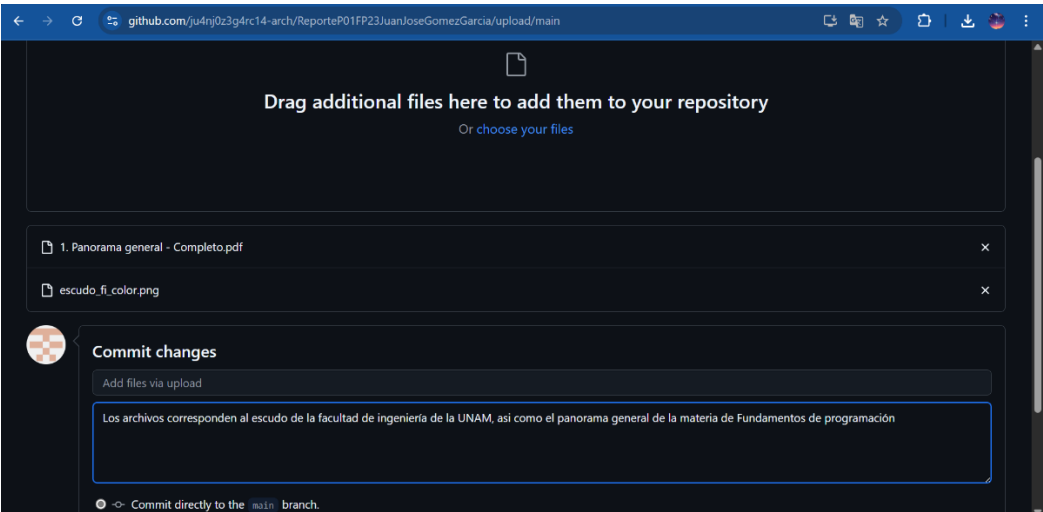
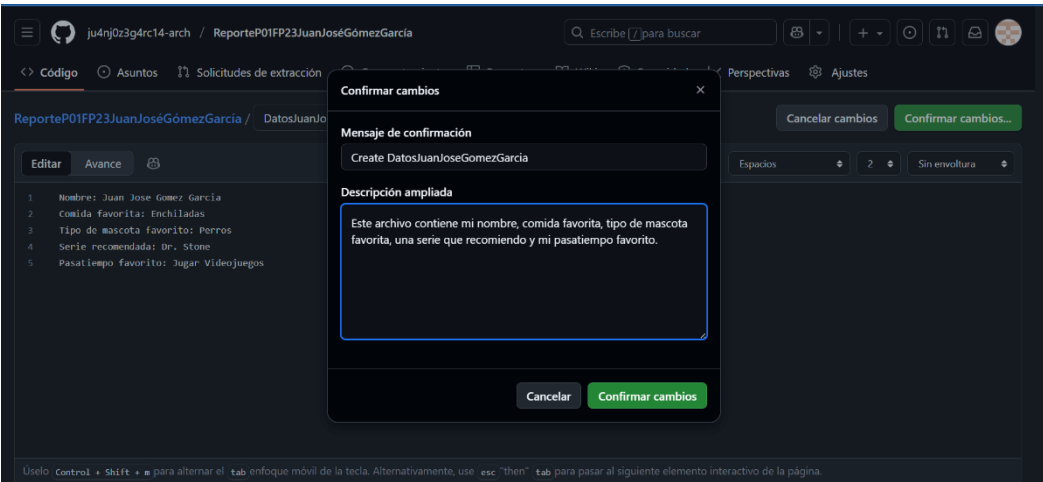
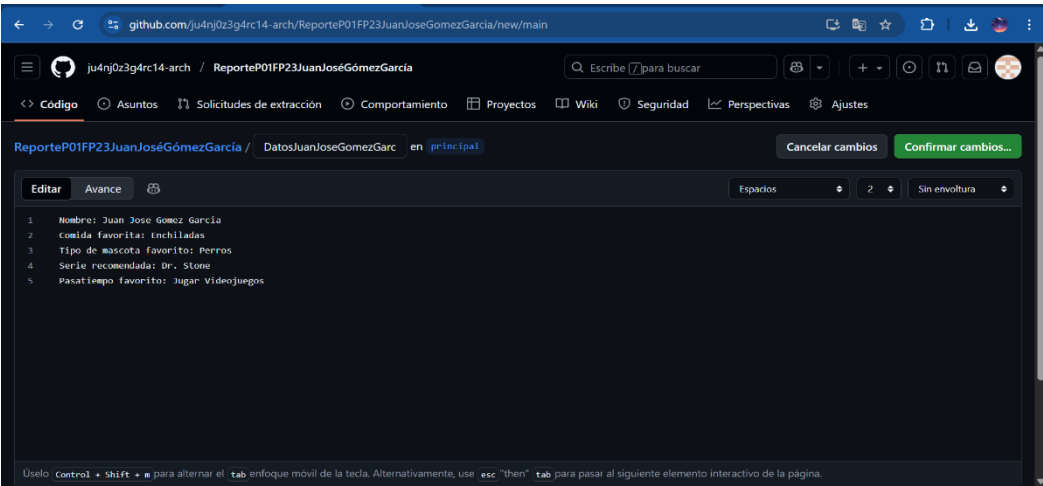
Universidad Nacional Autónoma de México

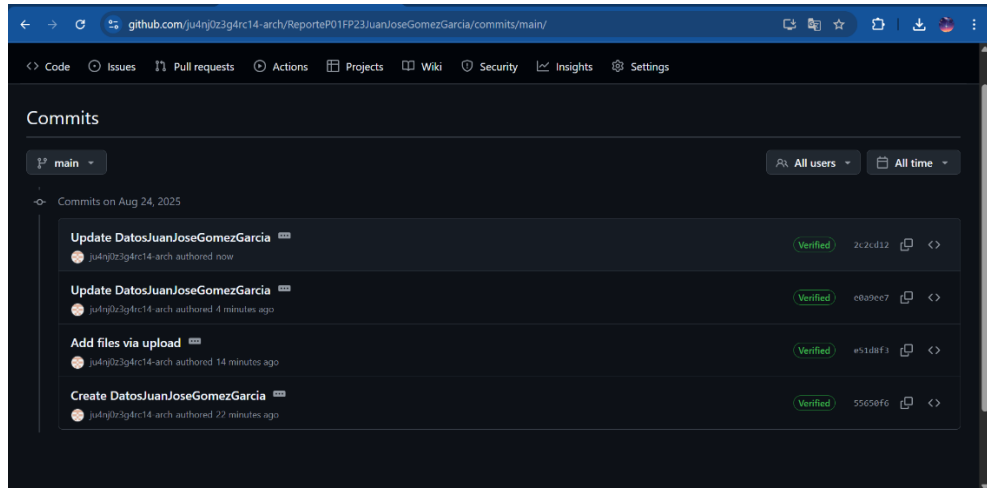
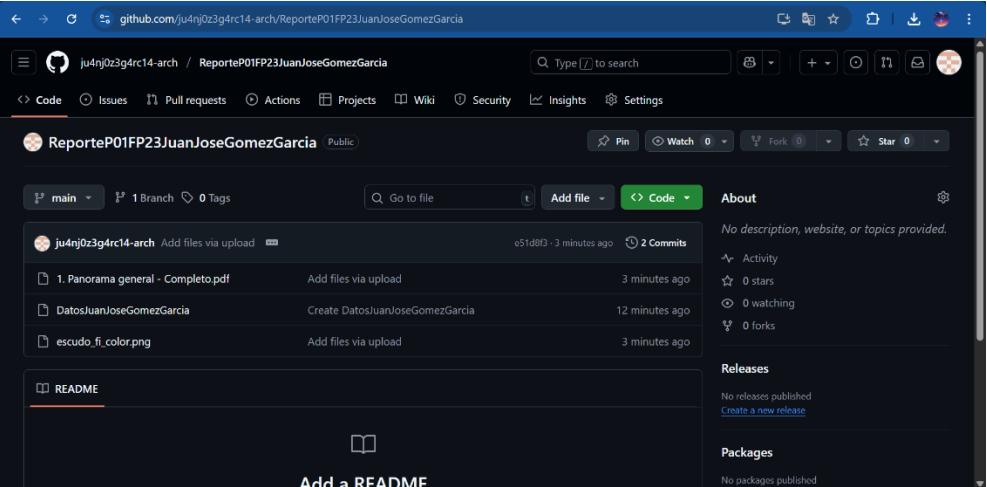
Facultad de Ingeniería

División de Ingeniería Eléctrica

1. Actividad1: Creación de cuenta en github.com

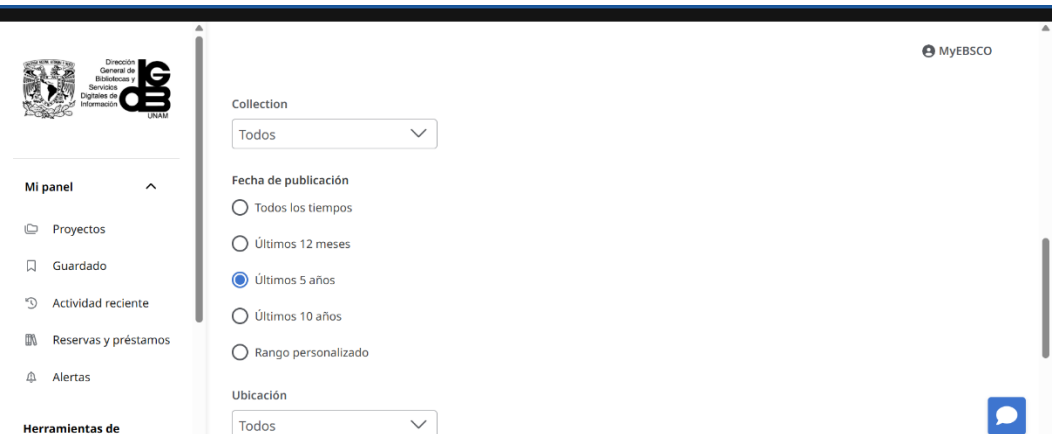
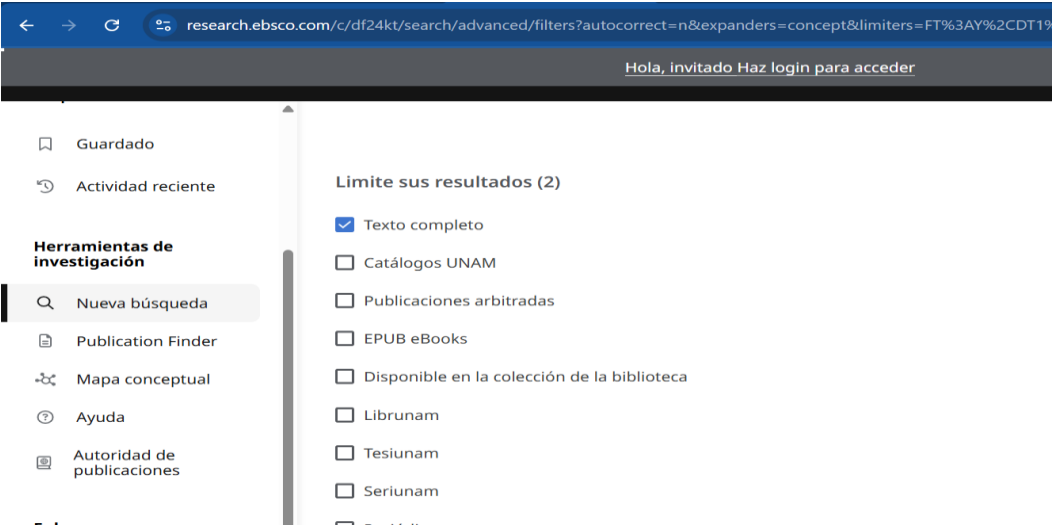
- Resumen de la actividad: La actividad comenzó creando una cuenta en GitHub, posteriormente cree un repositorio con nombre “ReporteP01FP23JuanJoseGomezGarcia” y un dentro de este repositorio cree un archivo de nombre “DatosJuanJoseGomezGarcia” en el cual en una primera versión coloque mi nombre, comida favorita, tipo de mascota favorita, una serie favorita que recomiende y mi pasatiempo favorito; posteriormente guarde la primera versión con su respectiva descripción; a continuación, dentro del repositorio coloque un archivo PDF y una imagen y para terminar modifique dos veces el archivo datos colocándole un gusto musical y un deporte, colocándoles sus respectiva descripción a cada nueva versión.
- Evidencias:

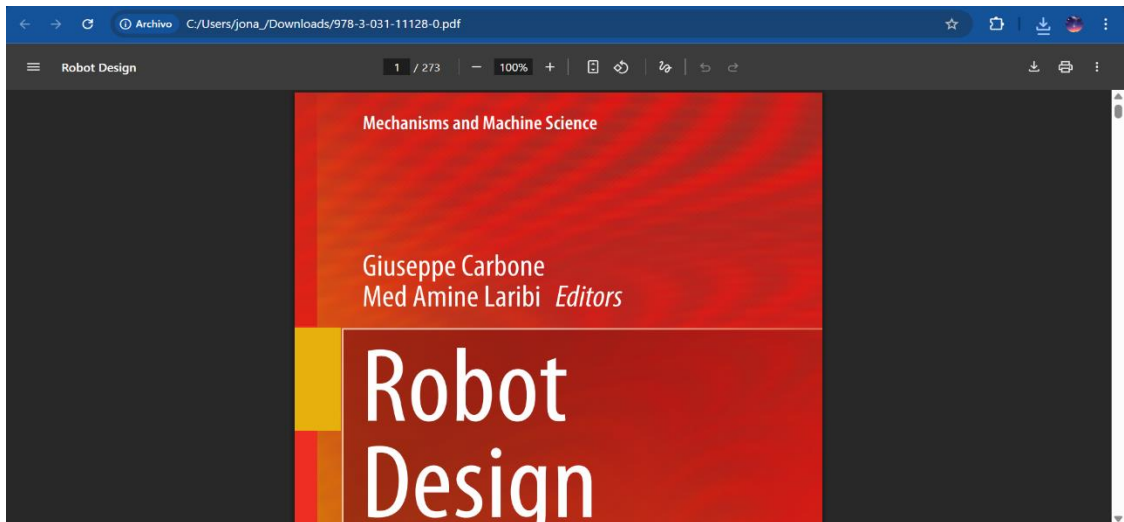




2. Actividad 2: Biblioteca UNAM

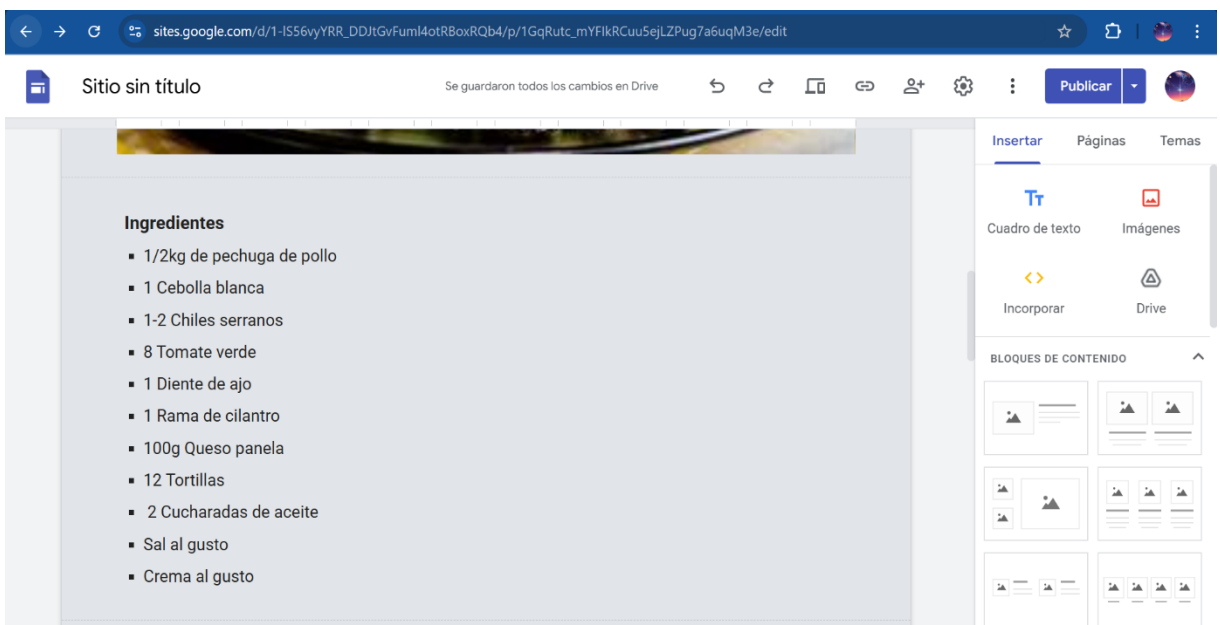
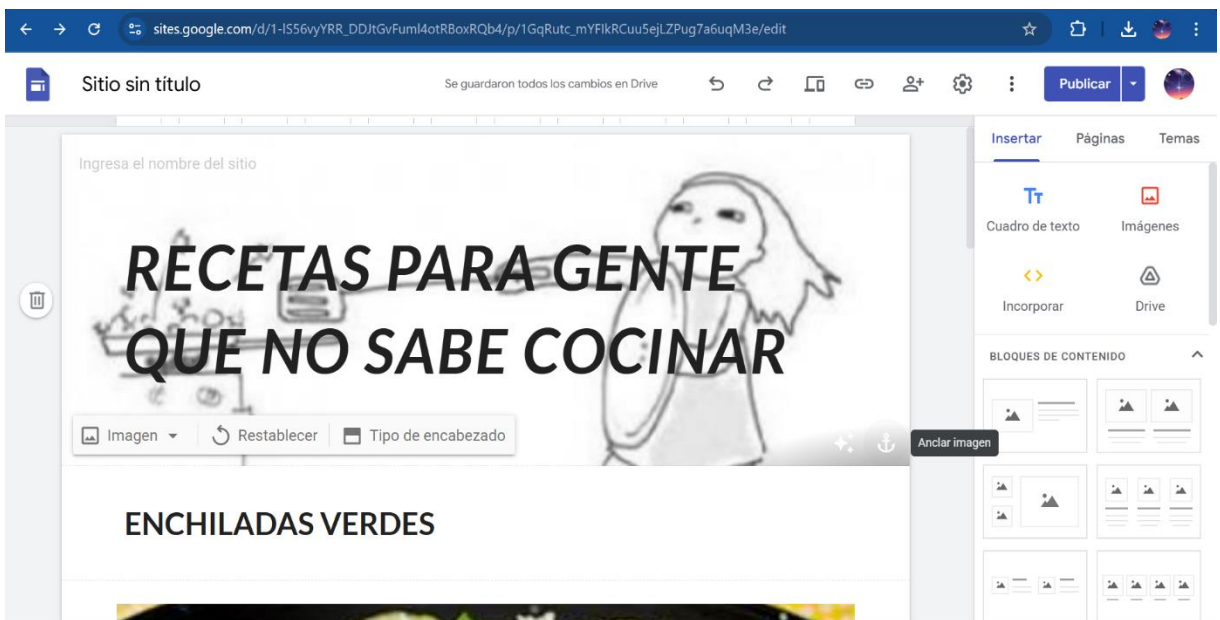
- Resumen: En la página de la biblioteca general de la UNAM cree una cuenta de acceso remoto, posteriormente desde el descubridor de información realice una búsqueda de un tema sobre mi carrera, realizando una depuración de los resultados mediante la aplicación de criterios de búsqueda, por ultimo seleccione un archivo para descargarlo.
- Evidencias:





3. Página web:

- Resumen: Utilizando la herramienta Google sites, cree un pequeño sitio web sobre recetas, agregando los pasos para hacer enchiladas verdes y algunas imágenes de referencia.
- Evidencias:
 - <https://sites.google.com/view/fp26-252-ggjj/p%C3%A1gina-principal>

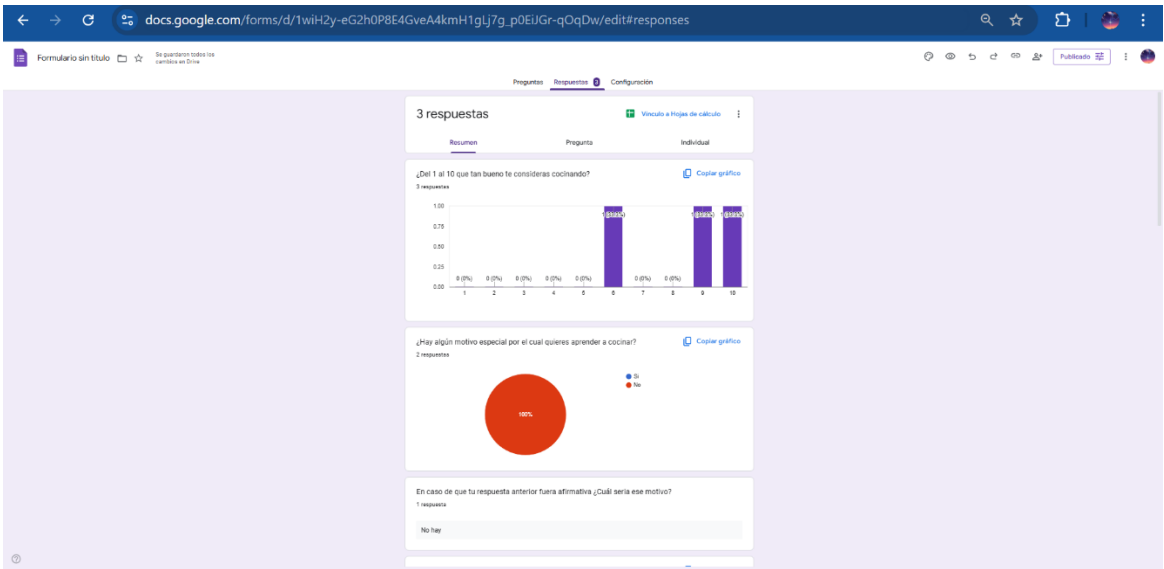


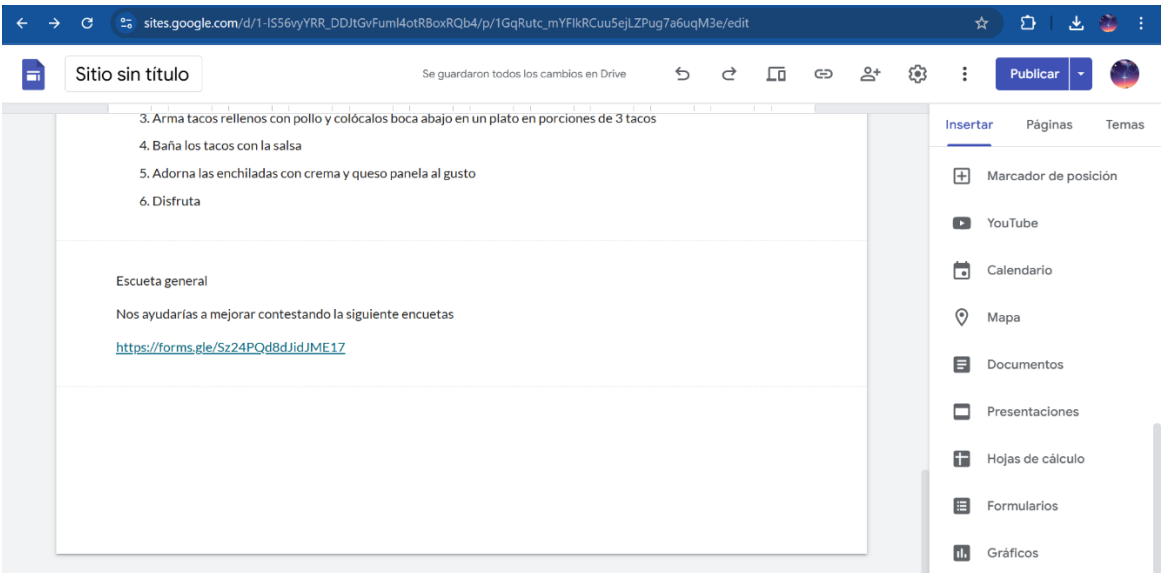
4. Formulario de Google:

- Utilizando la herramienta de Google forms, realice un pequeño cuestionario sobre las enchiladas y la calidad de la pagina web realizada en la actividad anterior, para cada pregunta intente que las respuestas fueran presentadas de forma distinta por las opciones de respuesta de Google, posteriormente añadí la encuesta a la pagina web y con ayuda de dos compañeros de clase, les pedí que revisaran la pagina y respondieran la encuesta.
- Evidencias:
 - <https://forms.gle/Rx7XqX3yAQ7MP8nv8>

The screenshot shows a Google Forms interface for a questionnaire titled "Enchiladas verdes". The form is currently in the "Preguntas" (Questions) tab. It contains the following questions:

- Question 1: "¿Del 1 al 10 que tan bueno te consideras cocinando?" (On a scale of 1 to 10, how good do you consider yourself at cooking?). It features a horizontal scale from 1 to 10 with radio buttons for selection.
- Question 2: "¿Hay algún motivo especial por el cual quieres aprender a cocinar?" (Is there any special reason why you want to learn to cook?). It has two radio button options: "Si" (Yes) and "No" (No).
- Question 3: "En caso de que tu respuesta anterior fuera afirmativa ¿Cuál sería ese motivo?" (In case your previous answer was affirmative, what would that reason be?). It is a text input field labeled "Texto de respuesta largo" (Long answer text).
- Question 4: "¿Cuántos de los siguientes tipos de enchiladas conocías?" (How many of the following types of enchiladas did you know?). It is a multiple-choice question with checkboxes for: "Enchiladas rojas", "Enchiladas verdes", "Enchiladas suizas", "Enchiladas tepalcates", "Enchiladas yucatecas", and "Otra...".





5. Cuento generado por IA:

- Resumen: Utilizando la herramienta de inteligencia artificial Gemini, le pedí en una primera instancia que creara un cuento, dándole instrucciones básicas y algo ambiguas de modo que al generar el cuento la IA pudiera rellenar algunos huecos en las instrucciones; posteriormente le volví a pedir un cuento, pero esta vez dándole instrucciones mucho mas especificas como los personajes, el lugar, tiempo, y la situación que se desarrolla.
- Evidencias:
 - Cuento con prompt básico

crea un cuento de tres protagonista representados por animales los cuales luego de un partido de futbol, deben volver a casa en medio de una gran lluvia en cdmx



El chapuzón de los campeones

Bajo el cielo dramático de Ciudad Universitaria, la tarde se desvanecía en tonos grisáceos y plumizos. En la inmensa explanada que sirve de campo de fútbol, tres amigos inseparables daban los últimos toques a su partido del día. Patatas, un conejo de orejas largas que se movían al compás de sus saltos; Goyo, un gato con pelaje atigrado y bigotes que capturaban cada ráfaga de viento; y Balam, un perrito chihuahua, diminuto en tamaño pero gigante en espíritu, celebraban con una mezcla de sudor y alegría.

—¡Ja! ¡Se los dije! —exclamó Goyo con una soberbia felina—, ¡con mi jugada maestra, la victoria es nuestra!

—¡Sí, Goyo, sí! —interrumpió Patatas, secándose el hocico con una pata—. Pero no habrías llegado a la portería sin mi pase. ¡Y Balam, tú nos cubriste la espalda todo el partido!

El trío se abrazó, una pila de pelaje y amistad, sin notar que las primeras gotas de lluvia ya habían comenzado a salpicar el polvo del campo. De repente, un trueno resonó en el aire, y el cielo se abrió con una furia inesperada. La lluvia llegó no en gotas, sino en torrentes, convirtiendo la tierra en una ciénaga en cuestión de segundos.

—¡Ay, carajo! —gritó Balam, con su voz aguda perdida en el estruendo—. ¡Esto no es lluvia, es un diluvio! ¡Tenemos que ir a casa!

La casa de Balam y Patas quedaba cerca, al otro lado de Insurgentes. La de Goyo estaba un poco más lejos. Y el camino, que hace un minuto era una calle polvorienta, ahora era un río furioso.

—¡Mi pelaje! —maulló Goyo, exasperado, tratando de sacudirse el agua sin éxito—. ¡Lo voy a tener hecho un trapeador! Y tú, Patas, seguro que vas a hacer tus conejadas y a saltar en los charcos.

—¡Oye, que no soy un sapo! —se defendió Patas, sintiendo el conflicto asomarse—. ¡Y tú solo te quejas! Al menos yo tengo un plan. ¡Podemos ir por el metro!

—¿El metro? —dijo Balam, con los ojos bien abiertos—. ¿En medio de una inundación?

El metro, o al menos el acceso al túnel peatonal que los conectaba con la otra acera, se veía como una gruta misteriosa. El agua había subido tanto que los escalones de la entrada estaban casi sumergidos. Goyo, con su aversión innata al agua, se negó en redondo.

—¡Ni de broma! ¡Yo voy por la banqueta! —declaró, pero una ola de agua lodosa, provocada por un camión, lo empapó por completo.

—¡Te lo dije! —se burló Patas.

El conflicto escaló. Goyo y Patas se acusaban mutuamente de la situación, mientras Balam, en su diminuto cuerpo, intentaba poner orden.

—¡Escuchen! ¡Paren ya! —ladró Balam—. La culpa no es de nadie. Es la lluvia, y si no nos unimos, no llegaremos a casa. ¡Goyo, agárrate de mi cola! ¡Patas, tú vas por delante! ¡Los tres juntos, como en la cancha!

La idea pareció funcionar. Patas, con su agilidad, sorteaba los escombros flotantes. Balam, con su instinto de perro guía, los mantenía en línea. Y Goyo, quejándose a cada paso, se aferraba a la pequeña cola de su amigo, sintiendo su miedo desaparecer un poco. Cruzaron el túnel, con el agua hasta las orejas, riendo nerviosamente ante lo absurdo de la situación.

Al salir, la lluvia había disminuido. Se miraron, empapados, embarrados, pero con una sonrisa genuina. Se dieron cuenta de que, a pesar de sus diferencias, se tenían el uno al otro. Su odisea acuática les había demostrado que las amistades verdaderas no se forjan en la victoria, sino en los desafíos que se enfrentan juntos. Y que, a veces, una buena tormenta es justo lo que se necesita para recordar lo que realmente importa.

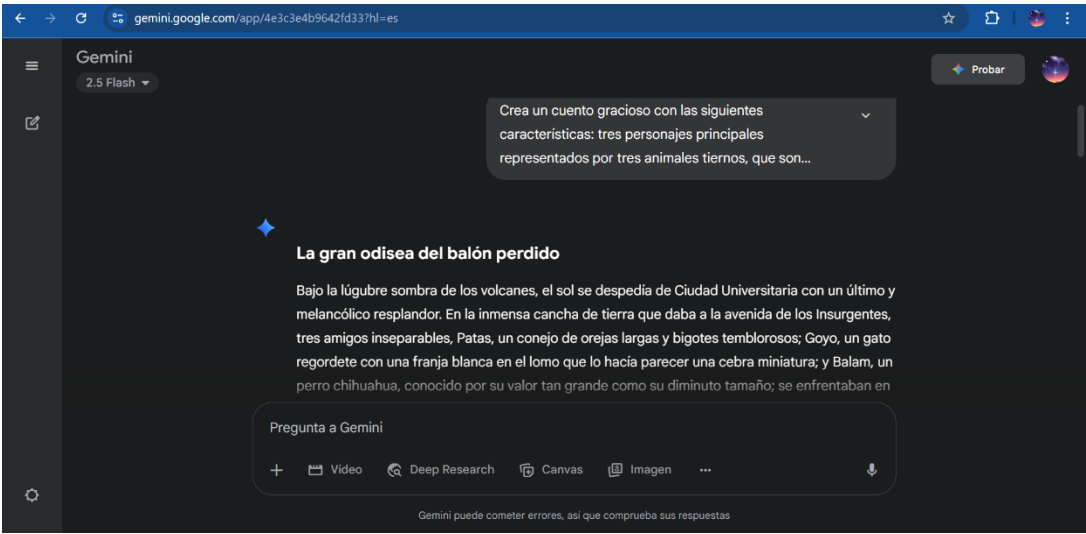
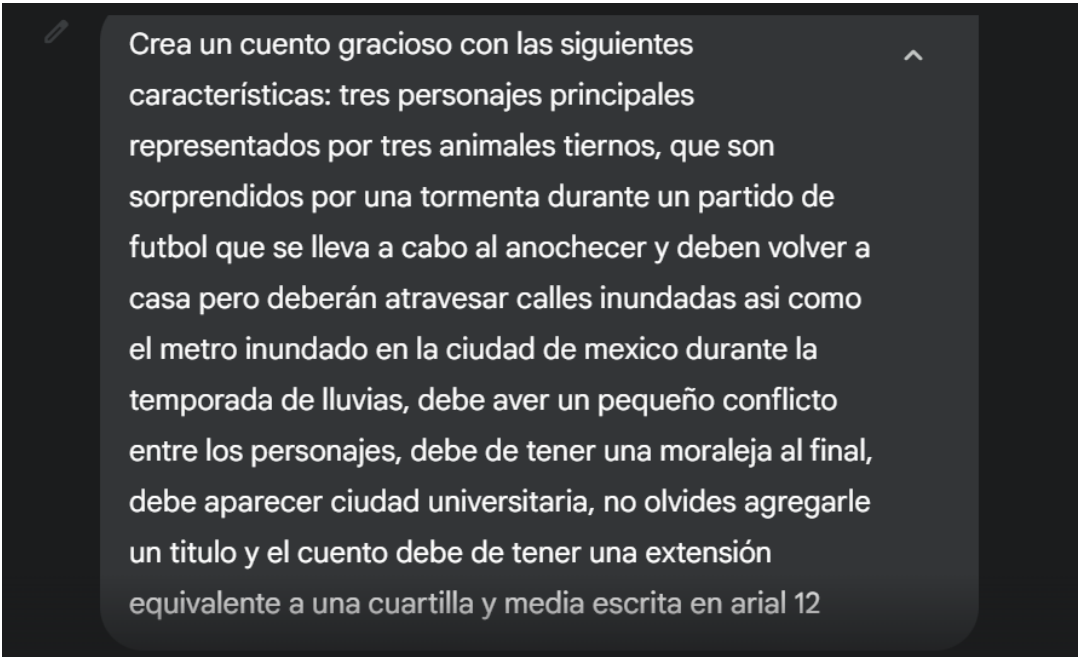
El conflicto escaló. Goyo y Patas se acusaban mutuamente de la situación, mientras Balam, en su diminuto cuerpo, intentaba poner orden.

—¡Escuchen! ¡Paren ya! —ladró Balam—. La culpa no es de nadie. Es la lluvia, y si no nos unimos, no llegaremos a casa. ¡Goyo, agárrate de mi cola! ¡Patas, tú vas por delante! ¡Los tres juntos, como en la cancha!

La idea pareció funcionar. Patas, con su agilidad, sorteaba los escombros flotantes. Balam, con su instinto de perro guía, los mantenía en línea. Y Goyo, quejándose a cada paso, se aferraba a la pequeña cola de su amigo, sintiendo su miedo desaparecer un poco. Cruzaron el túnel, con el agua hasta las orejas, riendo nerviosamente ante lo absurdo de la situación.

Al salir, la lluvia había disminuido. Se miraron, empapados, embarrados, pero con una sonrisa genuina. Se dieron cuenta de que, a pesar de sus diferencias, se tenían el uno al otro. Su odisea acuática les había demostrado que las amistades verdaderas no se forjan en la victoria, sino en los desafíos que se enfrentan juntos. Y que, a veces, una buena tormenta es justo lo que se necesita para recordar lo que realmente importa.

➤ Cuento con prompt avanzado:



La gran odisea del balón perdido

Bajo la lúgubre sombra de los volcanes, el sol se despedía de Ciudad Universitaria con un último y melancólico resplandor. En la inmensa cancha de tierra que daba a la avenida de los Insurgentes, tres amigos inseparables, Patas, un conejo de orejas largas y bigotes temblorosos; Goyo, un gato regordete con una franja blanca en el lomo que lo hacía parecer una cebra miniatura; y Balam, un perro chihuahua, conocido por su valor tan grande como su diminuto tamaño; se enfrentaban en el partido más épico de sus vidas.

El marcador se encontraba en un emocionante empate. El balón, una pequeña pelota de trapo, era el centro de su universo. Balam, el capitán del equipo, corría con una determinación feroz, pero sus cortas patitas no le daban ventaja. Goyo, con una habilidad felina, se deslizó entre las piernas de sus amigos y con un toque certero, ¡anotó un gol!

El festejo fue corto. Un trueno ensordecedor rompió el silencio de la noche y una ráfaga de viento helado levantó una nube de polvo. El cielo se tiñó de un inquietante gris oscuro. La lluvia no tardó en llegar. Gotas gruesas y frías comenzaron a caer, primero tímidas y luego con la furia de una catarata. La pelota se convirtió en una masa de trapo empapado y los tres amigos, empapados, buscaron refugio.

La tormenta no era normal. La Ciudad de México, famosa por su impredecible clima, se estaba convirtiendo en un gran lago. El agua subía rápidamente. Las calles se transformaron en ríos tumultuosos. Decidieron que era hora de volver a casa. La casa de Goyo estaba del otro lado de la avenida, pero la de Patas y Balam quedaba a unas cuantas calles de ahí, cerca del metro.

“¡Genial! ¡Ahora tendremos que nadar hasta casa!” exclamó Patas con un tono de voz que mezclaba el enojo y el pánico. Balam, siempre optimista, respondió: “No te preocupes. Con mi olfato de perro sabremos a dónde ir. Solo tenemos que tener cuidado”.

El viaje fue toda una aventura. Evitaron baches convertidos en albercas, esquivaron bolsas de basura que flotaban como barcos a la deriva y casi fueron arrastrados por una corriente. Goyo, acostumbrado a los lujos de la vida felina, se quejaba sin parar. “¡Mi pelaje está arruinado! ¡Mis bigotes se están encogiendo del frío! ¡Y todo esto por el tonto partido de Patas!”.

Patatas, ofendido, respondió: “¡El partido era una idea de todos! ¡Y además, fuiste tú quien anotó el gol de la victoria!”.

El conflicto entre los dos amigos creció. Mientras discutían, Balam intentaba calmarlos. “¡Chicos, no es el momento para pelear! ¡Estamos a punto de llegar al metro, tenemos que pasar por el túnel para llegar del otro lado de la calle!”.

Llegaron a la entrada del metro. Era un espectáculo digno de una película de terror. El agua se había tragado la mitad de las escaleras. El túnel que debían cruzar se veía como una cueva oscura y misteriosa. Con un suspiro, los tres amigos se sumergieron. El agua les llegaba hasta el pecho. Se aferraron a las paredes para no ser arrastrados por la corriente. El agua era tan oscura que no podían ver sus pies. La risa nerviosa de Balam rompió el tenso silencio. “¡Si alguien te viera, Goyo, pensarían que eres un submarino de peluche!”.

La broma alivió la tensión. Los amigos se olvidaron de sus diferencias. Se ayudaron mutuamente a subir las escaleras del otro lado, resbaladizas por el agua y el lodo. Una vez a salvo, se dieron cuenta de que estaban a unas cuantas calles de su casa. La lluvia había disminuido, y aunque seguían empapados y agotados, la cercanía del hogar les devolvió la alegría.

Se despidieron de Goyo, que corrió a su casa para secarse y comerse un plato de sardinas. Patas y Balam se dirigieron a la suya, prometiéndose un nuevo partido al día siguiente.

Cuando llegaron a casa, se acurrucaron en una cobija caliente. A pesar de los conflictos, la tormenta y el miedo, su amistad se había fortalecido. La gran odisea del balón perdido les había enseñado que las diferencias y los problemas son inevitables, pero cuando la amistad es verdadera, se pueden superar. La moraleja de esta historia es que las verdaderas amistades se forjan en las tormentas y no en las canchas de fútbol.

En el equipo de los Pumas, la defensa estaba a cargo de Ramiro, un mapache de ojos vivaces y astucia sin igual. Al medio campo, con el balón siempre bajo control, estaba Leo, un leopardo que, a pesar de su nombre, era un pequeño felino de manchas adorables y espíritu competitivo. El ataque era liderado por Coco, un coati de nariz curiosa y una velocidad que sorprendía a propios y extraños. Juntos, eran el terror de la liga animal.

El marcador estaba 2 a 1 a favor de los Pumas. Coco acababa de anotar un gol espectacular con una maniobra de nariz que dejó a todos boquiabiertos. Los jugadores celebraban, pero una extraña y oscura nube, del tamaño de un volcán, se cernía sobre ellos. El olor a tierra mojada comenzaba a invadir el aire y el viento se llevó el griterío del partido.

De repente, una gota, luego otra, y en un abrir y cerrar de ojos, el cielo se desató. No era una llovizna, era una cortina de agua que caía con la fuerza de un chorro. El árbitro, un búho de nombre Arquímedes, se tapó la cabeza con sus alas y gritó: "¡Partido suspendido!". Los jugadores, empapados, buscaron refugio.

"¡Corran, amigos!", exclamó Leo. "¡La tormenta nos alcanzó!"

"¡Ya lo noté!", respondió Ramiro mientras su pelaje se pegaba a su cuerpo, dándole una apariencia de un trapeador mojado. "¡Mi mamá me dijo que llovía hoy y no le creí! ¡Dijo que había visto una señal en el calendario maya de su abuela! ¡Nunca más la voy a dudar!"

Los tres amigos corrieron hacia la salida del parque, solo para descubrir que la avenida Reforma se había transformado en un río. Los autos, inmóviles, parecían barcos varados en un canal. La gente, con paraguas inútiles, se refugiaba bajo los toldos de los edificios.

"¡Oh, no!", gimió Coco. "¡Estamos atrapados! ¡Mi pelaje se está encogiendo!"

"¡No te preocupes, Coco!", dijo Leo. "¡Soy el capitán de este equipo y tengo un plan!"

El plan de Leo, en lugar de ser una estrategia brillante, era simplemente caminar por la banqueta. Sin embargo, para los tres amigos, era una travesía épica. El agua les llegaba hasta las rodillas, y las corrientes de las alcantarillas abiertas los empujaban sin piedad.

"¡Creo que acabo de pisar un auto de juguete!", gritó Ramiro, tratando de mantener el equilibrio. "¡No, esperen, creo que es un zapato de tacón!"

"¡Yo siento que voy a terminar en el Lago de los Cocodrilos!", se lamentó Coco, intentando nadar contra la corriente.

Leo, con su instinto de capitán, se dio cuenta de que si seguían así, no llegarían a casa antes de la cena. Entonces, vio un carrito de supermercado abandonado.

"¡Suban!", ordenó Leo. "¡Esta es nuestra lancha!"

Los tres subieron al carrito, pero la idea no funcionó tan bien como esperaban. El carrito se ladeó, y los tres cayeron al agua. La caída fue un desastre cómico, con los tres amigos salpicando y resbalando en el agua sucia.

"¡Mi plan no funcionó!", admitió Leo. "¡Tendremos que caminar!"

Después de una hora, la lluvia cesó, pero la ciudad seguía siendo un pantano. Con sus pelajes apelmazados y sus narices llenas de agua, los tres amigos llegaron a su casa. La mamá de Ramiro, al verlos, no pudo evitar soltar una carcajada.

"¡Les dije que iba a llover!", dijo mientras les daba una toalla a cada uno. "Ahora, a secarse y a prepararse para la cena. Pero la próxima vez, hagan caso a la mamá de un mapache."

Y así, la aventura de los Pumas Patas Rápidas, aunque no terminó con una victoria en el campo, se convirtió en una historia divertida que contarían una y otra vez.